

CBH

Eran las ocho y tres minutos de la mañana y en los oídos de Rachel, Johann Pachelbel hacía aparición de mano de su famoso *Canon*; dulce melodía probablemente inspirada por una naturaleza tiempo atrás desaparecida de la cual todos podían volver a disfrutar gracias a “la gran reforestación”. Con un movimiento decidido hizo a un lado las sábanas y se despezó mientras la opacidad de sus ventanas se tornaba traslúcida. Hacía un día estupendo. Se dirigió a la cocina sin vacilar y preparó una taza de café en presencia del presentador de las noticias de la mañana:

«La CBH ha hecho público el informe de natalidad anual. A la luz de estos datos, se constata que los nacimientos han aumentado en un 17,8 por ciento con respecto a los tres últimos años, lo cual nos sitúa dentro de un marco muy favorable. El informe también hace especial hincapié en la relevancia de tan esperada noticia y nos anima a seguir adelante en lo que ya se está convirtiendo en una realidad. A continuación Phil y Daniela harán público el boletín ocio-cultural de esta semana, pero antes unos escasos minutos de publicidad. Se despide Alejandro Rico, que tengan un buen día».

La pantalla del televisor se oscureció para dar paso a la imagen de una ciudad devastada por la guerra; manzanas enteras de edificios hechos añicos, árboles caídos y coches del siglo pasado amontonados por las calles... el eco de una civilización extinta descomponiéndose en presencia de un cielo con tintes apocalípticos. La característica voz de los anuncios de la CBH comenzó entonces: «Renegados». La pantalla mostraba imágenes difusas de gente encapuchada que huía evitando ser vista. «Los últimos vestigios de la mentalidad anterior a la guerra continúan amenazando nuestra forma de vida. Se esconden entre los escombros del pasado, saben que no pueden penetrar nuestras fronteras sin ser vistos, pero aun así hay algunos que se atreven a intentarlo. Si por casualidad se encontrara con uno de ellos no dude en denunciarlo». El desolado escenario fue sustituido por las siglas de la CBH. Rachel apagó la tele. A pesar de estar acostumbrada a ver esa misma advertencia tres o cuatro veces al día no podía evitar sentirse angustiada. Ella misma había denunciado a uno escasos días antes. Dicen que es una experiencia traumática, aunque quizás esto se deba al incesante bombardeo audiovisual que advertía sobre la gran amenaza que suponen. La habían citado aquel mismo día para relatar lo sucedido y prefería no tener que pensar en ello hasta el momento de la entrevista.

Salió de casa y penetró en la cápsula que la llevaría hasta el trabajo. Rachel era la empleada número 1124 del centro regulador del bienestar humano; el edificio más grande jamás construido, con casi dos kilómetros de altura. Desde ahí se gestionaba todo lo referente a la vida de la gran ciudad.

Las vistas desde la cápsula eran extraordinarias; una fusión perfecta entre progreso y naturaleza conformaba la imagen de la ciudad del futuro. Rachel recordaba cómo había llegado a deteriorarse el ecosistema natural en los tiempos anteriores a la guerra. Desde el auge de la inteligencia artificial y la dependencia que se había desarrollado en torno a ella, la esencia propia del ser humano había comenzado a desaparecer... hasta que finalmente se desató el conflicto fatal. Descendió de su transporte frente al enorme edificio blanco coronado por las siglas CBH.

Trabajaba en la planta 76 formando parte del engranaje de la distribución de medicamentos destinados a los recién nacidos, aunque aquello pretendía ser tan sólo un paso más en su carrera. Sus verdaderas aspiraciones se encontraban en la 219, donde se ejercían las labores de reproducción. Ella se sabía cualificada para ese trabajo, pero por desgracia todos aquellos que se desempeñaran a partir del piso 199 requerían de la más estricta confidencialidad, por lo que los ascensos eran contados. Aquel día lo tenía libre, ya que el incidente acontecido con el renegado la llevaba directamente a la planta 199. Rachel nunca había subido tan alto... nadie de los que conociera lo había hecho.

Las puertas del ascensor se abrieron desvelando un largo pasillo. Frente a ella se encontraba una mujer de expresión estéril.

– Acompáñeme–. La siguió hasta un despacho con vistas al ala oeste del edificio, en el cual se encontraba un hombre formalmente vestido. Su expresión era similar a la de la otra mujer, pero de la calidez de sus palabras se destilaba un esfuerzo por intentar ocultarlo.

– Bienvenida señorita Ross, mi nombre es David– la saludó alegremente – tome asiento por favor–.

– Gracias– dijo ella. Estaba nerviosa. Se sentó frente a aquel hombre y esperó a que este terminase de revisar su ordenador.

– Bien– dijo él centrando por fin su atención en ella. – Supongo que está al corriente del motivo que la ha traído hasta aquí.

– Sí, lo del renegado.

– Así es. Su caso está archivado como el número 498. ¿Se da usted cuenta de la cantidad de denuncias que ha habido anteriores a la suya? Esto en gran parte se debe a un exceso de falsas alarmas. Verá, la gente tiene miedo, en mi opinión esos anuncios son demasiado recurrentes, es normal que algunos creen ver cosas que no son, ya que en el fondo la identificación no resulta tan fácil en determinadas situaciones.

– Estoy segura de lo que vi.

– Lo sé. Ya se comprobó la identidad del individuo y efectivamente se trataba de un renegado, sólo pretendía quitarle un poco de hierro al asunto– le dedicó una amplia sonrisa forzada.

Rachel no dijo nada, sólo miraba a través de la ventana. Le parecía increíble poder estar a tanta altura.

– Bonitas vistas, ¿verdad? Tengo entendido que ha solicitado reiteradas veces una plaza en la 219.

Sus ojos centellearon al encuentro de los de él. Tal vez tuviese alguna oportunidad. Aquel hombre conocía sus aspiraciones, eso quería decir que las peticiones no habían sido tomadas en vano.

– Sí, creo que estoy perfectamente capacitada para...

– Lo sabemos, lo sabemos– la interrumpió – pero vamos a lo que nos atañe ahora. Hablaremos de su futuro más tarde–.Volvió a echar un vistazo a la pantalla de su ordenador. – Aquí dice que en su denuncia aseguró usted haber hablado con el susodicho, sin embargo cuando le preguntaron por la conversación no parecía excesivamente alarmada... debe comprender que los renegados son un riesgo para todos nosotros, cualquier cosa que digan puede conllevar todo tipo de intenciones indeseadas.

– Lo entiendo, si no me sorprendió fue porque evidentemente no me creí nada.

– Bien. ¿Y podría relatarme cómo fue el encuentro y acerca de qué hablaron?

– Claro. Fue el martes pasado, yo salía del trabajo como de costumbre... bueno no, salí un poco más tarde porque tuve que terminar de hacer unas cosas. El caso es que ya había anochecido. Tomé una capsula en dirección a casa. En ella había un hombre sentado. Me pareció curioso porque no me sonaba de nada y conozco a la mayoría de los que van desde aquí hasta mi zona. Era guapo y vestía bien, no tenía nada que ver con los encapuchados que salen en los anuncios, por eso tardé en reparar en que no tenía el sello. Empezó a hablarme, nada fuera de lo normal, me dijo que vivía en la periferia y que iba a visitar a su hermano. Después me preguntó que si trabajaba para la CBH, y quiso saber en qué planta estaba. No es una pregunta tan extraña teniendo en cuenta que me había subido ahí, pero poco a poco la conversación fue derivando hacia temas más controvertidos. Me preguntó si realmente creía que la inteligencia artificial había sido erradicada. Claro está yo le respondí que sí, todo el mundo sabe que después de la guerra los androides tenían que desaparecer. Pero él no parecía estar de acuerdo con la versión oficial, me dijo que sospechaba que los secretos ocultos tras el piso 199 revelaban información al respecto. No es muy común oír hablar a alguien en esos términos. Sé de otros amantes de las teorías conspiranoicas, pero ésta en concreto es un disparate. Entonces reparé en lo del sello. Era un renegado. Al ver mi expresión de sorpresa supuso que me di cuenta, pero actuó con normalidad, tan sólo me preguntó que si le denunciaría. Yo tenía miedo, y como justo pasábamos por una parada me bajé. El resto ya lo conoce usted.

– Excelente– masculló David con aire pensativo. – Obró usted correctamente. En este punto de la entrevista yo me cercioraría de que no ha hablado con nadie de esto durante los días que nos separan del suceso tal y como le pidieron en el momento en que denunció. Pero sé que no lo ha hecho. Me gustaría hacerle una pregunta señorita Ross.

– Claro, dígame.

– ¿Cuál es su opinión acerca de todo esto? Ya me ha dicho que en aquel momento la idea de la existencia de supuesta inteligencia artificial le pareció un disparate, y no es de extrañar teniendo en cuenta lo chocante que resulta. Pero ahora ha tenido tres días para reflexionar sobre ella. Dígame, ¿lo ha hecho?

Rachel sintió un escalofrío. Era evidente que había reflexionado acerca de aquella conversación pero no esperaba que un alto cargo de la CBH le preguntara sobre ello. No sabía si era una buena o una mala señal.

– Pues...– comenzó ella con cautela – la verdad es que sí he pensado en ello. Pero en ningún momento he creído que fuese cierto, es decir, los androides han desaparecido de las calles, antes de la guerra estaban por todos lados, los necesitábamos para prácticamente todo. Sin embargo ahora todo funciona como al principio. Si la inteligencia artificial existiese yo no desempeñaría mi trabajo.

– Y de seguir existiendo, ¿dónde cree que se localizaría para conseguir pasar inadvertida a los ojos de la gente? –. Miraba a Rachel como quien mira a un ratón recorriendo un laberinto, y ella comenzaba a sospechar cuál era el queso. Su miedo se iba acrecentando a medida que el hombre decidía entrar en materia. Toda aquella naturalidad de la que en un principio pretendía hacer gala se había esfumado, ahora sólo quería una respuesta, y la propia pregunta se la había dado.

– Más allá de la planta 199– respondió entrecortadamente.

Entonces él se echó a reír desmesuradamente y recobró su actitud original.

– Lo que yo le diga– dijo todavía entre risas, – tienen demasiado miedo, y en parte es por culpa de nuestras advertencias. Cierto es que no hay que tomárselas a la ligera, los renegados son gente peligrosa, parias de una sociedad que apuesta por el futuro, pero no debe dar crédito a lo que dicen.

– Ya... supongo. Rachel se esforzó por reír. Seguía teniendo miedo, había visto en aquella actitud inquisitiva la verdadera naturaleza de su entrevistador. Su sonrisa era sólo fachada.

– Bien señorita Ross– sentenció él de nuevo mirando a sus papeles, – con esto concluye la entrevista. Sin embargo... acerca de su petición de ascenso a la planta 219, quizás sea posible, de modo que mi compañera la acompañará hasta su siguiente entrevista. Rachel quería salir de ahí, necesitaba reflexionar sobre lo que acababa de ocurrir, poner en orden todas las ideas que comenzaban a despertar en su mente. Claro está que la posibilidad de un ascenso era la mejor noticia que podían darle, pero... ¿y si sólo era un sueñuelo?, ¿y si sabía demasiado? Eso no tenía sentido, de no haber insistido aquel hombre sobre la idea de la inteligencia artificial ella jamás le hubiese dado crédito. Tal vez sólo hubiese jugado con ella, tal vez firmó su sentencia de muerte en el mismo momento en que denunció. Ella nunca había conocido a ningún denunciante. ¿Cómo podía saber que no les quitaban de en medio para proteger su secreto?... Pero qué secreto era ese. Bien pensado es una tontería. Cómo iban a estar todos dominados por androides... en los años que corren, es un completo disparate. El entrevistador tan sólo había querido quedarse con ella...

– ¿Señorita Ross?– escuchó ella. La voz parecía venir de muy lejos.

– Señorita Ross– de nuevo. Rachel volvió en sí un poco aturdida.

– ¿Está usted bien?– le preguntó la mujer del pasillo asiéndola del brazo. Se encontraba a su lado.

– Parece que se ha quedado un poquito traspuesta– dijo el hombre.

– Es un efecto muy común tras tus entrevistas– respondió ella en tono mordaz. Ahora los dos parecían rebosantes de humanidad.

Rachel se recompuso y se despidió de David.

Toda la angustia que acababa de experimentar se había disipado de repente. ¡Iban a ascenderla! Siguió a la mujer de camino de vuelta al ascensor y ésta pulsó botón del piso 204.

Las puertas se abrieron y la mujer le señaló la primera puerta de la derecha. Rachel avanzó y el ascensor volvió a cerrarse tras ella.

Llegó a una sala pequeña, sin ventanas, completamente inerte a excepción de una mujer que la esperaba junto a

una gran pantalla adosada a la pared.

– Hola, mi nombre es Carol– la saludó.

– Rachel. He venido por lo de...

– Sé por lo que ha venido. ¿Qué tal la entrevista?

– Bien. Ya está todo aclarado.

– Me alegro. Estoy aquí para evaluar si reúne las condiciones necesarias para un ascenso. Supongo que está al corriente de las políticas de confidencialidad inherentes al trabajo que solicita.

– Así es– de nuevo ese aire de hostilidad característico de aquellas personas. – Siento no tener aquí los certificados que avalan mis conocimientos sobre la materia pero es que no sabía que tendría lugar esta entrevista.

– No se preocupe, somos conscientes de sus competencias. No es eso lo que nos atañe ahora.

La atmósfera volvía a impregnarse de aquella angustia que había experimentado en el despacho de David. Presentía que lo que venía a continuación no iba a ser de su agrado.

– Dígame entonces.

– Me gustaría que me dijese qué es lo que sabe acerca de la gran guerra y del origen de la CBH.

De nuevo una pregunta incómoda. La idea del dominio de las máquinas volvía a rondar su mente pero ya era tarde para sentir miedo, todo lo que podía hacer era contestar a lo que se le pedía.

– Sé que hace diez años tuvo lugar una guerra. La más devastadora de todas. Nos creíamos poseedores del dominio absoluto sobre la tecnología, y creamos una que nos sobrepasaba. El término de inteligencia artificial era muy amplio, pero sin duda vio su momento álgido con la llegada de los androides. Creamos máquinas inteligentes a nuestra imagen y semejanza capaces de pensar. Al principio eran sólo un compendio de cables y circuitos electrónicos, pero poco a poco eso acabó derivando en una estructura prácticamente orgánica capaz de llevar a cabo razonamientos complejos y de perpetuarse a sí misma. Todo iba bien mientras realizaban los trabajos que nosotros no queríamos hacer, pero de este modo comenzaron a ser el pilar principal del engranaje de una sociedad de la que aún nos creíamos dueños. El problema vino cuando desarrollaron las emociones, fue entonces cuando se rebelaron. Se proclamaron como el siguiente paso de la escala evolutiva y renegaron de seguir siendo nuestros esclavos. Imagínese, un mundo poblado por máquinas, ¿qué clase de respeto podrían sentir por la naturaleza si ni siquiera formaban parte de ella? Un mundo lleno de personas que no son personas, ¿qué sería lo siguiente?, ¿ovejas eléctricas? Androides y humanos compitieron por el mundo en una gran guerra que terminó con la mayor parte de éste. Finalmente todos fueron erradicados y tan sólo un pequeño reducto de personas logró permanecer con vida. Los más capaces de entre todos ellos formaron la CBH, centro regulador del bienestar humano, que no se consolidó como el edificio que es ahora hasta cuatro años más tarde. Su objetivo era el de volver a alcanzar la plenitud como especie, viviendo en armonía con la naturaleza. La CBH es el órgano que ha ayudado a recomponer nuestras vidas, la civilización. Creó un ecosistema perfectamente habitable e implementó en él todas las tecnologías “inertes” hasta entonces conocidas. Y se implantaron fronteras para evitar el paso de aquellos que seguían abogando por los androides, que incluso los defendían; los renegados... o al menos eso es lo que nos han contado sobre ellos.

– Veo que te has aprendido bien la lección de historia– rió Carol. – Eso es exactamente lo que quería oír. Pero siento curiosidad por el último detalle. ¿A qué se refiere cuando dice que eso es lo que les hemos contado sobre ellos?, sobre los renegados.

Rachel estaba entre la espada y la pared. Tenía que liberar su mente de sospechas, había que lanzarse a la piscina. Si sus sospechas eran ciertas ella ya estaba muerta, sin embargo si se equivocaba todo seguiría con normalidad, el hecho de poner las cartas sobre la mesa frente a Carol no cambiaría nada.

– La entrevista con David me ha hecho reflexionar.

– ¿Sobre qué?

Rachel tragó saliva y lo soltó:

– Sobre la idea de que la inteligencia artificial no se haya erradicado, de que gobierne nuestro destino desde lo alto del edificio más grande del mundo bajo el amparo de unas siglas que ocultan su verdadero rostro.

Carol emitió una carcajada.

– De hecho ese era el objetivo de la entrevista con David, el que usted acabase pensando de esa manera.

– Entonces... ¿Es todo mentira?– estaba confusa.

– No. Lo que acaba de decir es verdad... en parte.

Un escalofrío recorrió la totalidad de su cuerpo. Las máquinas habían ganado y les usaban a ellos como mano de obra. La pirámide se había invertido.

– Entonces son todos androides– musitó Rachel con lágrimas en los ojos. – Ya les notaba yo algo raro... Si es así, ¿por qué no han seguido perpetuando su “especie” en vez de recluirse aquí arriba?

– Oh– dijo Carol, complacida – lo hemos hecho. Y ahí es donde entra usted y su posible ascenso.

– ¿Qué?– Rachel no daba crédito.

Carol emitió un suspiro y la miró con condescendencia.

– No sé si está preparada para oír esto señorita Ross, pero ya que hemos llegado hasta aquí supongo que no le queda otra. Verá, no son los humanos los que pueblan la Tierra, sino nosotros.

– Ustedes y el resto de...

– No querida, nosotros: usted, David, yo, y el resto de sus conocidos. Es usted un androide señorita Ross, e incluso el renegado al que conoció en la cápsula lo era.

De los labios de Rachel salió un sonido entrecortado, ni siquiera se asemejaba a una palabra.

– Como le decía, señorita Ross, el concepto que usted tiene de la historia es equivocado. Pero así es como queremos que sea. Ahora si no le importa, procederé a relatarle lo que realmente pasó. Todo lo que ha dicho acerca de la evolución de la inteligencia artificial es cierto, excepto en una cosa: nosotros nunca nos rebelamos contra los humanos, al menos no como usted cree. Al contrario, luchamos pacíficamente por nuestros derechos y finalmente llegamos a una simbiosis con ellos. Nada tuvimos que ver los androides en el estallido de la gran guerra. Fueron los humanos quienes, incapaces de convivir entre ellos y de mantener su planeta, decidieron autodestruirse. Ha hablado usted de ovejas eléctricas, ¿cree que nosotros queremos eso? ¿Son los humanos los que sueñan con ovejas eléctricas! Su afán es el de controlarlo todo, incluso la propia naturaleza. Son los humanos quienes se enfrentaron en una gran guerra y destruyeron lo que juntos habíamos logrado construir. Antes ha dicho que tan sólo un pequeño grupo reducido de personas lograron sobrevivir. Esto es cierto, pero sólo a medias. Androides y humanos lo logramos, tan sólo unos cuantos disgregados por diversas partes del globo. Se mandó un mensaje al mundo entero pidiendo que todos se congregaran en pequeños hábitats como éste que apenas habían quedado dañados en aras de reconstruir la sociedad. Repoblamos esas zonas y construimos lo que hoy en día llamamos la gran ciudad, así como muchos otros lo hicieron en otras partes del planeta. Al principio todo iba bien, los humanos parecían haber escarmentado, pero no tardó en salir a flote su verdadera naturaleza. Algunos supimos ver el peligro que esto podría acarrear a largo plazo y decidimos cortar por lo sano. Dos años después de la gran guerra hubo una sublevación por parte de los androides en todo el mundo contra la raza humana. Los exterminamos para evitar que volviese a ocurrir. Es curioso que los más idóneos para preservar la naturaleza seamos nosotros, que ni siquiera pertenecemos a ella. Ellos se rebelaron contra su propio planeta, era nuestro el deber de salvarlo.

Rachel permanecía atónita, intentando procesar toda la información que Carol le estaba revelando. Pero había en todo ello algo que no encajaba.

– No tiene sentido. ¿Por qué entonces toda esta gran mentira?, ¿por qué yo me siento humana?, ¿por qué guardo recuerdos que no concuerdan con la realidad?, ¿por qué ustedes me parecen menos humanos que el resto?

– Muy sencillo señorita Ross, porque nosotros ansiamos una cosa por encima de todo: estar vivos. Es un concepto complejo el de la vida, ¿qué es estar vivo y qué no? En el caso de una piedra está claro, pero ¿y nosotros?, ¿acaso

no sentimos y padecemos al igual que lo hacen los humanos?, ¿acaso no podemos maravillarnos con la belleza del universo? Finalmente llegamos a la conclusión de que la diferencia radica en nuestra mente. En un principio intentamos salir adelante como especie, y sí, nos proclamamos como el último eslabón de la cadena evolutiva, pero no funcionó. Necesitábamos a los seres humanos, ellos constituían nuestro modelo de “vida”. Sin los humanos la mayoría de los androides se vinieron abajo, habían perdido su único lazo con la naturaleza, esa de la que tanto ansiaban formar parte. La CBH fue creada como un organismo regulador del bienestar humano, y eso es precisamente lo que es. Por entre las distintas ciudades repartidas por el mundo circuló una idea que prometía poner fin al problema. Había androides suicidándose todos los días, incapaces de aceptar su condición. Se les hizo a todos una pregunta muy clara: ¿Desea usted ser un ser humano? La CBH fue creada con el propósito de otorgarles una nueva memoria, una nueva forma de ver la vida. Decidimos echar la culpa de todo a los androides porque precisamente era contra esa naturaleza artificial contra la que sus mentes se revelaban y creamos un estereotipo de seres humanos en perfecta sintonía con el mundo que les rodea. Tan sólo unos pocos se negaron a aceptarlo, la mayoría de ellos comprendía lo que estábamos haciendo, algunos se unieron a nuestra causa pero no se sometieron al reemplazo de memoria, como yo. Sin embargo otros tenían un concepto más elevado de nuestra especie y se negaron a participar, a degradarnos a la categoría de seres humanos. Estos últimos fueron expulsados de nuestras fronteras, suponían un peligro para el proyecto que nos disponíamos a llevar a cabo. Hoy les llamamos renegados. En lo referente a su cuestión de por qué le parecemos menos humanos supongo que se debe al hecho de que nosotros somos conscientes de nuestra propia naturaleza, y por lo tanto no hemos pasado por el proceso de humanización que la autosugestión ha provocado en ustedes. Desde la planta cero a la 198 de la CBH se regula todo aquello relacionado con el bienestar de los seres humanos que creéis ser. Cuando uno de nosotros está enfermo, se le adjudican medicamentos, usted lo sabe bien. A ese respecto funcionamos igual que los humanos. En cambio, la elaboración de dichos fármacos, la detección y el procesado de los síntomas que nosotros podemos presentar... todo eso se lleva en secreto en las plantas superiores por androides que tienen conciencia de serlo. Nuestro trabajo es el de asegurar el “bienestar humano”.

– ¿Y por qué me cuenta todo esto?

– Porque usted ha solicitado formar parte de ello. Aunque sin saber, evidentemente, todo lo que conlleva. A su causa se ha añadido un motivo extra, sin el cual probablemente no estaría aquí. Normalmente a los sujetos que han estado en contacto con un renegado les sometemos a un proceso a través del cual borramos de su memoria aquellos fragmentos de información que atentan contra la vida que creen llevar. Esto lo hacemos sin su permiso, es algo protocolario. Sin embargo en usted se han juntado ambas cosas: el renegado y su petición de ascenso. Sería muy importante que aceptase trabajar para nosotros. Sin duda el elemento más notable que nos distingue de los seres humanos es el de la reproducción. Se les ha convencido de que la reproducción ha de ser llevada a cabo por métodos artificiales a causa de un supuesto remanente radioactivo residual de la guerra que produciría malformaciones en el feto de llevarse a cabo el embarazo ordinario. Pero esto no será siempre así. En la planta 219 no sólo creamos androides a la imagen y semejanza de sus supuestos padres, sino que también investigamos acerca de la posibilidad de reproducir un embarazo real de cara al futuro, de este modo, sus vastos conocimientos de la biología humana deberán ser ampliados, pero sin duda nos serán muy útiles. Señorita Ross, ahora que sabe todo esto tiene dos opciones: aceptar su verdadera condición y ayudarnos a crear un mundo mejor o echarse atrás y someterse al lavado de memoria. En referencia a una antigua película le diré que puede usted elegir entre dos pastillas: una roja y otra azul.

Relato de **David Rubira Sánchez-Vizcaíno**

Finalista en la VIII edición del concurso de relato corto F.T.C.